

REVISTA SEMANAL DE TEATROS Y AMENA LITERATURA.



AMENA LITERATURA.

BELLINI (1).

Entre los mas asiduos tertulianos de la marquesa, distinguíase el conde de Sassolini, apuesto doncel, descendiente de una ilustre familia, y muy antiguo é íntimo amigo del marqués de Paregiani. Hábil observador y sutil cortesano, Sassolini sabia lisongear todas las flaquezas de Emilia, y como no tardó esta en hacer de él mas caso del que debiera, alentado por aquel primer favor, pronto resolvió el desleal amigo llevar á cabo el criminal proyecto de perder á la marquesa y deshonorar su nombre.

Atolondrada é inconsecuente al principio, Emilia acabó por ser culpable. Aunque débilmente, resistió Emilia algun tiempo á los obsequios y finezas, cada vez mayores, del conde, pero al cabo, de desliz en desliz, dejóse conducir á la pendiente del abismo, y lanzada, en fin, en aquella peligrosa senda, atropelló por todo sentimiento de honor para abandonarse á su criminal pasion.

Cinco ú seis meses despues de la época de que hablamos, Emilia, no pudiendo ya disimular las consecuencias de su culpa á las personas que la rodeaban, se puso en camino para una hacienda que tenia su marido á pocas leguas de P... dando por pretexto á su tia que, para restablecer su quebrantada salud, necesitaba respirar el aire del campo.

Dos meses de vivir en aquella soledad llevaba, cuando recibió una carta de su marido anunciándole su próximo regreso; y, acelerado por la sensacion que le causó esta nueva el término de su embarazo, dió á luz una niña que dejó confiada á la doncella que la habia acompañado. Ocho dias despues volvió á P....

A escepcion de esta muger, única que en su parto la habia asistido y el conde de Sassolini, nadie tuvo la menor noticia de aquel suceso.

Por lo que hace al conde, habíase ya ausentado poco antes, temiendo la venganza del marqués, en el caso posible de que llegase á

descubrir su propia deshonra y la alevosía de su amigo.

II.

De la escena que vamos ahora á describir fue teatro una gruta ó cortijo de poca apariencia, que formaba parte de una gran hacienda de campo llamada *Monti*, propia del conde de Sassolini, y poco distante de la ciudad de P... En una estancia pobremente amueblada, un anciano, pálido y desfigurado por largos padecimientos, yacia tendido luchando en una mala cama con las ansias de la muerte, y violentándose por reunir toda su energia para hacer un postrer esfuerzo. Junto á la cabecera de su cama una niña, con las manos cruzadas, estaba en ademán de implorar al cielo: á pocos pasos de ella veíase un hombre en toda la fuerza de la edad, y cuyo elegante atavío formaba singular contraste con la humildad y pobreza que respiraba aquella estancia. El anciano era Paolo, colono del conde de Sassolini; la niña era Maria; su hija única; la tercera persona el conde.

Era el mes de julio; la tarde declinaba ya y la naturaleza entera estaba sumergida todavía en ese pesado letargo, que suele en los paises como Italia producir el calor de la canícula.

Cojió el anciano la mano de su hija como para buscar nuevas fuerzas en aquel dulce contacto; luego, con voz trémula de temor y de esperanza, se espresó en estos términos:— «Señor conde, siento que se acerque mi última hora; esta niña va á quedar sola en la tierra, sin padre, sin arrimo, sin proteccion, sin medio de subsistencia. Yo no puedo dejarle mas que un nombre honrado...» Calló el anciano al llegar á este punto, y llevándose la mano al pecho como para calmar un dolor agudo y atajar la declaracion de un pensamiento y un recuerdo doloroso, añadió al cabo de algunos instantes de silencio:— «Doce años há que sirvo á V. E. como fiel criado; doce años há que me desviví por hacer subir los réditos de estas haciendas; y sin embargo, tantos afanes, tantos trabajos, apenas me han sacado de la miseria; voy á morir sin ningun consuelo, sin saber siquiera si la hija única que dejo en pos de mí hallará un protector, un amparo en este mundo. Señor conde, si mis largos servicios son de algun

(1) Véase nuestro número anterior.

valor á los ojos de V. E.; si cree que se debe algún premio á mi lealtad, á mi celo; si le conmueve la situación de mi pobre Maria; si se interesa por ella como tantas veces me lo ha asegurado.... ¡Oh! yo se lo ruego á V. E., premieme en mi hija; sirvale de padre; vele sobre ella; prométame que nunca la abandonará y morirá contento.... contento y bendiciendo el nombre de V. E.»

El conde de Sassolini tenia los ojos arrasados de lágrimas en tanto que pronunciaba lentamente el buen viejo estas palabras: su corazón, por naturaleza bondadoso, se dejó enternecer á la vista de aquel patético cuadro. Púsose en pie, acercóse á Maria, y cogiéndole la mano que le quedaba libre, dijo con tono solemne al moribundo anciano: «Paolo, tu hija será mi hija; te lo juro. Puedes morir en paz; no seré su tutor, sino su padre; y en esto no haré mas que cumplir con una obligacion y pagar una deuda; no haré mas que atender á la voz de la humanidad y cumplir una promesa que ya te he hecho. La suerte de tu hija corre por mi cuenta; podrá llorar la pérdida del padre que le dió el ser, pero nunca echará menos el amor paternal.» Al oír esto, cogió el anciano la mano del conde y se la llevó á los labios sin poder articular una sola palabra: luego siguió un momento de profundo y religioso silencio, que parecia como la consagración de las nobles palabras del conde.

Aquella gran sensacion de júbilo agotó las fuerzas del anciano. Cuando la pobre Maria levantó sobre su padre sus hermosos ojos, anegados en llanto, hizo aquel un movimiento convulsivo para atraerla á su pecho. Dos segundos despues ya no existia.

A los catorce años se llora mucho la pérdida de un padre; pero como á esa edad no se comprende bien todo lo que se ha perdido, las lágrimas se pasan pronto. Mucho tiempo lloró Maria al suyo; luego, poco á poco, su nuevo género de vida, las distracciones y los placeres que la proporcionó el conde de Sassolini fueron disipando su aflicción. Tuvo buenos maestros; inteligente y aplicada, asombró con sus adelantos á cuantos la habian visto llegar á casa del conde, rústica é ignorante. Maria, á los catorce años y medio, era ya alta y estaba bastante formada, pero lo que sobre todo daba á su fisonomía, en extremo dulce y simpática, una espresion indecible, eran unos bellísimos ojos negros y rasgados, coronados por unas cejas negras tambien, y una dentadura preciosa, cualidades que por sí solas bastan para hacer interesante á una mujer.

Pero antes de pasar adelante, expliquemos cómo se hallaba á la sazón en P... el conde de Sassolini.

La marquesa Paregiani, á poco del regreso de su marido, no habia podido seguir habitando

un pais, que le recordaba un delito de que, apenas cometido, se arrepintió amargamente. A pretexto, pues, de que los viages serian favorables para su salud quebrantada realmente por los remordimientos, decidió el marqués pasar á Francia, donde acabó por establecerse. Quince meses despues, el conde de Sassolini, no teniendo ya que temer la presencia de un hombre á quien habia vencido, y de una mujer á quien por pasatiempo habia engañado, regresó á P... donde se hallaba, hacia doce años, cuando murió Paolo.

Vivia por entonces en P... un jóven cuyo nombre iba adquiriendo por dias gran celebridad, un escelente compositor en la flor de la edad, lleno de talento y de porvenir; modesto, dulce en su trato, de agraciada figura, y sobre todo bondadoso y franco. Veíase querido de todos y agasajado con entusiasmo, en los mas brillantes salones. Aquel jóven compositor se llamaba Bellini. El conde de Sassolini, que solia dar funciones, procuró en breve atraer á su casa al jóven y aplaudido maestro. Con este objeto dispuso un gran sarao, á que asistió un inmenso gentío. Cantáronse varias piezas compuestas por Bellini, que tuvieron la mayor aceptación: aplaudido repetidas veces, y cumplimentado por personas ilustres, el jóven maestro recibió todas aquellas alabanzas con su acostumbrada modestia, pero cuando empezó el baile, sintióse abrumado por una tristeza involuntaria, y esperimentó cierta desazon interna que le hizo apreciar en menos de lo que en otra ocasión lo habria hecho los laureles que acababa de recoger. Pocos momentos despues, se retiró entregado á un sentimiento de tedio y amargura que nunca esperimentara hasta entónces.

¿Por qué el jóven compositor, á quien antes causaban tanta alegría su gloria y sus triunfos, sintió de pronto en su pecho aquella especie de enojo contra todo lo que le rodeaba? ¿Por qué, de pocos instantes á aquella parte, aquel vacío en su corazón, aquel desaliento, aquella postracion moral?... ¿Por qué?...

Al principiar el sarao, cuando Bellini fue á sentarse al piano para acompañar la primera pieza de canto, Maria se levantó de su asiento para ir á ponerse junto á él. La presencia de aquella linda criatura, que aún no tenia quince años, lo esplica todo. Allí, atenta y palpitándole el corazón, cuando la concurrencia prorumpia en aplausos al compositor, sentia ella una agitacion interior que podia leerse en su semblante. Varias veces, durante el canto habia vuelto Bellini la cabeza y otras tantas visto á Maria fijos los ojos en él: cuando acabó la pieza, la sorprendió de nuevo, encendida, animada por el mas vivo contento, y mirándole tambien. Entónces Maria, sonrojada y confusa, volvió los ojos á un lado, y luego, sin-

tiendo que por momentos aumentaba su confusión, se levantó, atravesó el salón y fue á encerrarse á su cuarto.

A poco volvió y se sentó casi enfrente de Bellini, temiendo, pero con aquella especie de terror que es un deseo mas bien que otra cosa, hallar la dulce y espresiva mirada del joven maestro. Tampoco, por su parte, se atrevia Bellini á fijar los ojos en ella; sin embargo, acabaron por encontrarse, y una viva conmoción eléctrica hirió á un tiempo sus corazones: aquella mirada, aquella conmoción, fijó desde aquel día su porvenir, su destino.

Hacia las doce, cuando se empezó á bailar, Maria poco aficionada al baile, y comprendiendo además que la muerte de su padre estaba demasiado reciente para que pudiese decorosamente tomar parte en semejante diversion, se retiró á su cuarto.

Ausente ella, ningun interés ofreció ya á Bellini el salón del conde. Aburrido y solo en medio de tanta gente, se retiró temprano.

¿Cómo espresar lo que en los dos días que á aquella noche siguieron pasó en el alma de Bellini? ¿Cómo el efecto que en esta alma ardiente y apasionada, pero al mismo tiempo tímida y modesta, produjo una esquila del conde de Sassolini, suplicándole fuese á su casa á dar lecciones de canto á Maria su hija adoptiva?

Al día siguiente, un poco antes de la hora señalada, Bellini recibia mil y mil nuevos elogios del conde, y un momento despues estaba sentado al piano junto á Maria, que sin ser gran música, poseia bastantes nociones del arte.

El conde, despues de oir algunas de las esplicaciones del joven maestro, se retiró á un rincon de la sala, donde se puso á leer. Una indefinible turbacion se apoderó entonces de los dos jóvenes. Largo rato permaneció Maria sin levantar los ojos; mas cuando, alzándolos á la postre, se encontró con la espresiva mirada de Bellini, sus mejillas se coloraron, y su corazon fuera casi de sí latió con violencia.

Cantó, pero con voz llena de emocion, y que revelaba lo que pasaba en su pecho. ¡Oh! para el que ha probado la delicia de aquel momento, en que parece que un mundo nuevo se abre para el corazon, esa simpatía naciente de dos pechos, esa primera fusion de dos almas amantes, es la mas dulce sensación, es el mas delicioso recuerdo de la vida.

Así es, que bien que ya hiciese rato que se habia pasado la hora, continuaba la leccion, y continuara mucho mas aun, á no haberse el conde levantado y, acercándose al piano, sacado á Bellini del éxtasis en que estaba. Viendo entonces el joven maestro que ya no era

regular, detenerse mas, dijo acerca de la leccion algunas palabras á su discipula, la dirigió una última mirada, hizo un saludo, y se retiró.

Algunos dias despues, Bellini, apretando la mano de la hermosa niña, la dijo: ¡te amo, Maria! — Maria no respondió, pero una larga mirada, una de aquellas miradas inocentes que solo una virgen posee cuando ama y quiere espresarlo, una de aquellas miradas mucho mas elocuentes que la palabra, y en las que siempre se trasluce un destello de aquella llama que abrasa el corazon; una de aquellas miradas, decimos, probó á Bellini que era correspondido.

Cuando hecha esta declaracion, empiezan las confianzas, todo toma nuevo aspecto en derredor nuestro; nueva vida viene á regenerarnos, nuestras ideas se ennoblecen, nuestras facultades se ensanchan, nuestra alma se dilata, nuestro ser se transforma; solo entonces toma el pensamiento todo su vuelo; y el pensamiento noble y grande es la sublimidad del ser, es la afinidad con el Criador, es la esencia de la criatura purificada en el crisol de un alma inmortal que un Ser superior ha colocado en nosotros. Tal es el pensamiento cuando un amor puro viene á vivificarle y á sacarle de su inercia.

Bellini, con su imaginacion ardiente y su corazon sediento de amor, fué prendándose cada vez mas de Maria, y no trató ya de disimular al conde de Sassolini la pasion que le inspiraba su hija adoptiva.

Maria amaba al joven compositor con todas las fuerzas de su alma. Por lo que hace al conde, la esperanza de un enlace muy honroso para Maria y muy superior á lo que podia prometerse para ella, le hicieron mirar con buenos ojos y fomentar aquella inclinacion naciente.

Todo parecia ofrecer venturas á Bellini y Maria; ningun obstáculo se oponia á su felicidad. — Algunos meses despues el autor de *Beatrice di Tenda* pidió al conde de Sassolini la mano de la enamorada doncella, con quien era su deseo unirse inmediatamente, despues de la primera representacion de una ópera, en cuyo éxito fundaba grandes esperanzas.

III.

Gustoso accedió el conde á la solicitud de Bellini, y bien le manifestó el delirio de los dos amantes que acababa de colmar su felicidad y de granjearse su eterno agradecimiento. Un mes hacia por entonces que habia salido de P.... para ir á establecerse en la villa Carvo, deliciosa quinta situada á dos leguas cortas de aquella ciudad.

Recibia el conde con mucha frecuencia en Carvo á sus amigos, desplegando en aquellas reuniones la misma suntuosidad que cuando

habitaba en P....; siempre había sido muy espléndido y gastador, y ya hacia algún tiempo que á su natural empeño de ostentar un lujo ruinoso se unía en él una grande afición al juego, que empezaba á transformarse en una verdadera pasión. Poco á poco aquellas reuniones llegaron á ser un mero pretexto para satisfacer el frenesí que se había apoderado de él, y su villa se convirtió en una casa de juego, á donde cada cual iba á arriesgar su oro contra el de los demás.

Bellini, que iba periódicamente á pasar en Carvo dos ó tres días de la semana, veía con sentimiento al conde entregarse desenfrenadamente á su funesta pasión y hacerse esclavo de ella; pero por penosa que le fuese esta impresión pronto la olvidaba al lado de María.

Por la noche, en tanto que agrupados junto á las mesas de juego, devoraban los jugadores con ávidos ojos los montones de oro confiados al azar de un naipe, los dos amantes se reunían al piano ó iban tal vez á pasearse por las embalsamadas alamedas del parque.

No, no acometeremos la imposible empresa de pintar la inefable ventura de los dos amantes durante aquellos paseos solitarios; no repetiremos todos los juramentos de constancia y fidelidad que se hicieron cuando solos, asidas las manos, vagaban sus almas en dulce arrobamiento y se confundían sus pensamientos como en un solo ser. No, no lo intentaremos, porque las palabras son siempre frías é impotentes para espresar aquella sublimidad de sentimientos, y dar una idea exacta y sentida de un amor tan fino.

(Se continuará).

VOCABLO DEL ACERTIJO DE NUESTRO NÚMERO 3.º

AROMA.

Pormenores. 1 Ama (patrona).—2 Ama (poseedora).—3 Roma (ciudad).—4 Ara (altar).—5 Mora (fruta del moral).—6 Rom (jugo de la caña).—7 Arma (sustantivo).—8 Aro (sustantivo: cerco).—9 Amo (primera persona del verbo amar).—10 Aro (primera del verbo arar).—11 Armo (primera del verbo armar).—12 Rao (primera del verbo raer).—13 Amor (afecto cariñoso).—14 Que Roa (tercera persona de raer).—15 Ora (reza).—16 Mora (reside).—17 Porque ama.—18 Porque ara.—19 Ama (de leche).—20 Ama (criada mayor).—21 Roma (muger chata).—22 y 23 Mor

de Fuentes y José Mora.—24 Omar.—25 Mora (de la Morería).—26 y 27 Rama y ramo.—28 y 29 Ama y amo (de criados).—30 El Mar; igualmente la Mar.—31 El Amor (Cupido).

TEATROS.

En la noche del 13 del actual fueron testigos los concurrentes al Teatro Real de una de las escenas mas extraordinariamente patéticas que es posible presenciar. Estaba anunciada la ópera *Otelo*, y en el primer acto se presentó la señora Frezzolini revelando en su semblante un sentimiento de dolor que para ninguno de los concurrentes pasó desapercibido, aunque nadie se explicaba cuál pudiera ser la causa; sin embargo, la aplaudida artista cantó con tal expresión, que pareció mas interesante que nunca y fue extraordinariamente aplaudida. En el segundo acto, la cantatriz apareció mas debilitada, y en alguna escena hasta se notó que le faltaba la voz, y se vieron correr las lágrimas por sus mejillas: así sucedió en el duo con el padre.

Terminado el segundo acto, una gran parte del público aplaudía con insistencia pidiendo la salida de la prima donna; mas esta no se presentaba, y al cabo de algunos instantes salió un dependiente y anunció que la señora Frezzolini había recibido por la tarde la triste noticia de la muerte de su padre; pero que por no privar al público del espectáculo, había hecho un grande esfuerzo, y se había presentado á desempeñar su parte en la ejecución de la ópera. Este anuncio produjo en el público un sentimiento general.

Al poco rato se levantó el telon para el tercer acto apareciendo sentada la interesante artista, y un aplauso general estalló por todas partes: la Frezzolini se levantó adelantándose para manifestar su agradecimiento; pero apenas podia sostenerse; estaba visiblemente afectada, y su conmoción era grande. El público, que lo conoció, pidió que se bajase el telon y no continuara la funcion, y así se verificó, quedando la afligida artista en los brazos de los demás que se hallaban en la escena.

Los concurrentes todos al retirarse iban poseídos de un gran pesar, como no podia menos, á la vista de un espectáculo tan interesante.

El Teatro Español ha dado seis representaciones de un drama de sentimiento y pasión, obra de un escritor que no por ser nuevo en la carrera dramática, ha dejado de producir gran efecto. El drama se titula *Flor de un día*, el escritor se llama D. Francisco Camprodon.